

El Círculo sin fin

Nicolás Arzamendia



Image not found.

Capítulo 1

MARTES 5 de julio de 2016

INICIO

Al abrir los ojos vio el camino y sintió el suave movimiento de su cuerpo, el ambiente se veía gris y difuso. Estaba sentado en algo de andar lento, como estirado por caballos cansados. Levantó la vista y con dificultad vio que estaba rodeado por altos árboles y la neblina escondía las copas.

—¡Baja!—una voz femenina le ordenó. Él saltó del vehículo de madera. En el aire sintió que no debía haberlo hecho, pero era tarde. Al tocar el suelo, despertó y vio con claridad el lugar donde estaba. Asustado, desconcertado, con miedo y con un mal presentimiento en el pecho. ¿Miedo a qué?

Sintió que el vehículo de madera volvía a moverse, giró e intentó detener lo que parecía ser una carreta. Una mujer de pelo largo y enrulado estaba sentada en el centro del único asiento, sus brazos y manos estaban ocultas en la manga larga de su ropa. La miró con calma, inmutable.

—¡Ey!, ¿a dónde vas?, ¿vas a dejarme acá, en medio de la nada?, ¿Qué supone que debo hacer aquí?

Ella no contestó, sólo lo observó mientras él hacía fuerza para que el vehículo no avanzara. Quiso tomar las riendas de la carreta, pero no había animales de tiro. Sus ojos volvieron a la mujer sin palabras.

—¡Ey!, quiero que me digas qué estoy haciendo en éste lugar. ¿Por qué me hiciste bajar?, ¿por qué me está dejando en éste... camino? Impaciente al ver que la mujer no le contestaba.

—¡Vas a contestar o no!

Ella le clavó la mirada y él no vio los labios moverse, pero en su mente aparecieron imágenes. Él quedó atento a las imágenes, tenían coherencia y parecían ser parte de una conversación visual.

—¿Tienes que dejarme?, haz estado mucho tiempo conmigo, ¿doce años? y ahora es hora de que te vayas.

Él la miró con una mezcla de desesperación y miedo. Ella permaneció inmutable. Cuando los ojos de ella volvieron al camino, la carreta inició su lento andar.

Él clavó los pies en la tierra y se tomó de parte del vehículo para detenerlo, pero sin éxito.

Mientras el carro avanzaba con lentitud, él intentaba comunicarse con la conductora—¡Ey, espera!, ¿Qué apuro tienes?, ¿Quién eres?—no hubo

respuesta por parte de ella, que inmutable miraba al frente.

El carro continuaba lentamente, mientras él liberaba la presión por cansancio. Hizo lo que pudo pero al final se rindió y el carro avanzó.

—¿Puedes esperar un rato?, necesito que me ayudes... otra vez.

La mujer lo miró y el carro paró. Él se acercó y respiró hondo para aparentar tranquilidad.

—Quiero que me digas, ¿dónde estamos?, ¿Quién eres? Y ¿Por qué me estás dejando solo en éste lugar?

Ante la falta de respuesta, él se apartó del carro y no detuvo más el avance. Miró a ambos extremos del camino que llegaba al horizonte. El carro avanzaba lentamente y la inseguridad de no conocer el lugar hizo que decidiera seguirlo.

Le llamó la atención que el carro estuviera lejos para lo lento que avanzaba, así que empezó a correr. A medida que se quedaba sin piernas y aire, la desesperación se apoderó de él. Gritó varias veces para llamar la atención de la conductora, pero ésta no volteó.

Fue bajando la velocidad de la carrera, hasta que sus piernas no pudieron más. Sus gritos cesaron por falta de aire. Para recuperarse se apoyó en sus rodillas, la respiración agitada no le dejaba expresarse. Al levantar la vista el carro desapareció hacia la izquierda.

Capítulo 2

Parte II

«Ahora me completé» pensó al sentirse solo. Caminó en círculos para respirar mejor. Miró hacia atrás, sólo los árboles y arbustos de la orilla estaban con él.

Cuando se recuperó continuó caminando hacia donde el carro había desaparecido, avanzó hasta que la duda le asaltó: ¿Por qué extremo del camino desapareció el carro?

Ambos extremos del camino se veían vagos, difusos. Observó con detenimiento el horizonte, no lograba ubicarse y siempre había sido bueno para eso. Observó el piso en búsqueda de sus propias huellas y los del carro para determinar el camino a seguir. Al ver sus huellas se dirigió en la misma dirección.

Notó que el paisaje no cambiaba, aunque se sentía que iba cuesta abajo no notaba la diferencia de altura. Paró a mirar el camino y luego, resignado se dejó llevar rumbo al horizonte.

La caminata le llevó a un lugar cerrado por árboles, algo húmeda y nebulosa no dejaba ver a gran distancia, allí mirando el suelo vio algo alentador: Otra pisada. Era más pequeña y liviana.

Aceleró el paso buscando a la creadora de la huella. Estaba segura que era una mujer. «Espero que no sea la del carro» pensó. Cuanto más avanzaba, menos llegaba.

Cansado de mirar el horizonte sin resultados, se detuvo en silencio, esperando que sus oídos le enviaran percepciones de algo. «¿Y si le dejé atrás?, ¿y si se escondió?» pensó con los brazos en jarra. «¿Cuándo saldrá el sol?». Muchas dudas, pocas respuestas. «Esto no es normal» pensó.

Continuó caminando buscando en las orillas del camino a la persona de huella pequeña y liviana.

Caminó casi sin ganas, cansado de sentirse solo, pensó que tal vez estaba siendo observado, así que se quedó a mirar atrás.

Suspiró hondo y al girar para continuar el camino, pensaba en si había dejado atrás a la persona que buscaba, analizó con temor volver sobre sus pasos para revisar si había obviado algún lugar, pero no quería hacer eso. Si había olvidado algo, para él ya era tarde, no pensaba volver. Se detuvo. Miró nuevamente al camino ya transitado y dudó de sus intenciones, «¿Y si lo correcto es volver y revisar?» pensó mientras fastidiado meneaba la cabeza. Giró en el mismo lugar, hasta que volvió sobre sus pasos.

Capítulo 3

Parte III

El trayecto era muy largo. El camino parecía ser el mismo para ambos lados, pero no era así, al volver podía ver sus huellas. Al verse superado por la realidad decidió dejar de preocuparse y se entregó a disfrutar del poco paisaje que podía ver, observó con más detalles los árboles. Cambió su actitud y se acercó a mirar un árbol que se perdía entre la niebla, alabó su altura y el tronco, robusto, grande y poderoso. Como no estaba lejos de la orilla se animó a acercársela. Con mucha cautela se metió entre los arbustos, separó las ramas y le pareció que todo era seguro y se animó a continuar hasta el gran tronco.

Se acercó, lo admiró y sonrió: «Si que eres grande. Tú si que eres el árbol que tapa el bosque» dijo al árbol. Hablaba solo y por primera vez estaba riendo, el encontrarse con semejante espécimen. Giraba alrededor del árbol admirándolo, tocándolo, hablándole como si fuera su amigo y su oyente, el único por el momento. «¿Crees que te conteste?» la pregunta le sonó en la nuca, el salto que dio superó cualquier expectativa olímpica, llegó a saltar sin pensar las consecuencias y cayó entre los arbustos, cuyas ramas, algunas se rompieron y otras le arañaron el cuerpo. Desde el suelo donde fue a caer, volteó a ver la fuente del susto.

Ella estaba con las manos en la boca, sorprendida y avergonzada por haberlo asustado.

Se levantó con dificultad de las ramas que lo tenían atrapado.

—Me asustaste. Me tomaste de sorpresa. Disculpa si te asusté.

—Disculpa, fue sin querer—ella intentó paliar lo ocurrido.

Él ansioso por saber algo la atropelló con preguntas—¿Sabes dónde estamos?, ¿Sabes cómo salir de aquí?

—No sé,—ella gesticuló incertidumbre— aún no se.

—¿Te haz encontrado con otros?

—Eres el primero.

—No es muy esperanzador. ¿Por qué saliste del camino?

—Por la misma razón. El árbol grande, es el único que hay en el camino.

—¿El único?... ¿en todo el camino?, ¿haz recorrido todo el camino?

—Si—Dudó en responder.

—¿Sabes si nos falta mucho para llegar a algún lugar seguro?

Ella lo observó con incertidumbre y él percibió que ella sabía más.

—He recorrido varias veces el camino y siempre llego al mismo árbol.

—¿Qué?—Él la miraba con la boca abierta, tratando de asimilar lo que había oído.—por mucho que camines, ¿siempre llegas a éste árbol?.

—Si—él esperaba más contenido pero la respuesta fue lacónica.

—O sea que el camino es un círculo sin fin.

—Si, eso... un círculo sin fin.

Él perdió la poca esperanza que había juntado y preguntó en voz baja —¿Cómo saldremos de aquí?, esa es mi pregunta desde que esa mujer del carro me dejó acá. ¿La viste?

—No, no la vi.

—Espera, si este lugar es un círculo sin fin, entonces, para salir debemos caminar en dirección contraria al centro del círculo. El carro desapareció hacia la izquierda—dijo él pensativo.

—¡Debemos ir a la derecha! Tiene sentido, al entrar al lado izquierdo del camino salía nuevamente al camino—ella analizaba los detalles.

Ella salió al camino y él venía detrás suyo.

—Deberíamos ir en aquella dirección si queremos salir—ella señaló la orilla contraria y se dirigió hacia allí.

—¿Crees que sea correcto?—él dudó de la conclusión que llegaron.

—Sí. No conozco otra manera. Sólo probando, además no hay otro camino.

Entraron a los arbustos que estaban cerrados y que con fuerza pudieron hacer un lugar para atravesarlo. Ella pedía arrancaba las ramas y se disculpaba con ellos —Permiso chicos... necesitamos pasar... fue sin querer—él que venía al lado suyo apartaba las ramas sin disculparse. Continuaron avanzando lentamente y él viendo que los arbustos eran espesos, le dijo —Deberíamos abrir una sola senda, va a facilitar la tarea, ven aquí y cuando me canse me reemplazas—ella aceptó luego de pensarlo y ambos abrieron los arbustos hasta encontrarse.

Abrir la senda era un trabajo difícil, los espesos arbustos, las resistentes ramas y algunas espinas hicieron que las manos y los brazos llevaran marcas de la tarea. Él se detuvo a descansar.

—¿Estaremos muertos?—pregunto él.

Ella se detuvo a descansar y pensar; le respondió con otra pregunta: ¿Te sientes muerto?

—No, no me siento muerto.

—Entonces estás vivo... y yo también.

—¿A dónde llegaremos?—insistió él.

—¡Ah!, deja de hacerte preguntas y trabaja. Llegaremos a donde tenga que ser.

Ella avanzó y él resignado la siguió. Ella empujó una rama que al volver a su lugar impactó de lleno en el rostro de él, dejando marcas rojas y verdes. Él tomado del rostro con ambas manos y ella dura en su lugar esperando la reacción de este.

—¿Estás bien?

—Creo que sí,—Retiró las manos para comprobar su visión

—¿Cómo están tus ojos?

—Veo... veo una chica de manos peligrosas frente mío.

Ella rió y acompañando el buen humor dijo—No te escandalices, son “gajos” del oficio—Ella rió de su propio chiste.

Él algo aturdido tardó en entenderlo pero luego echaron a reír juntos.

Avanzaron sin mirar atrás para salir del círculo sin fin.